Querido Diario:

Marcela Guijosa

En vista de que, por causas varias, no me dio Dios licencia de escribir un Querido Diario como se debe, te lo cambio por este chulísimo cuento que hice algunos años atrás y que es absolutamente inédito. Gracias.

Rotmi Enciso

Mi vida con Octavio

por: La Ola

Octavio, mi poeta, era hermoso.

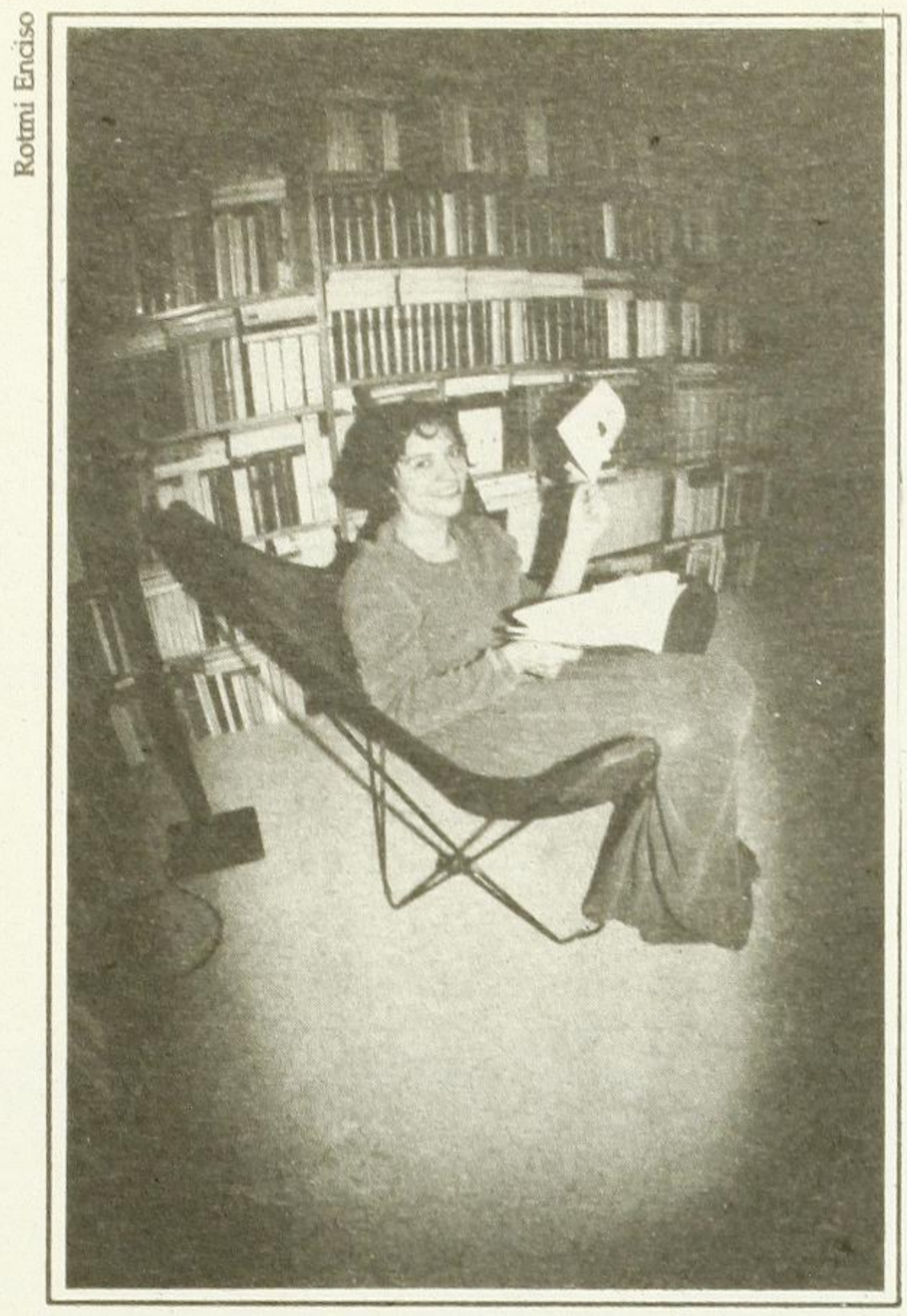
Tenía los ojos azules, como mi padre, y con esos ojos soñadores me miró toda una tarde y me eligió de entre todas mis hermanas. Nos enamoramos intensamente, a primera vista, en aquella playa de Veracruz. Y sin pensarlo mucho, me pesqué de su brazo y me fui a México con él.

Después de un largo viaje en tren, lleno de extrañas peripecias y de algunos incidentes con la policía, ya que tuve que viajar escondida en un botellón de agua Electropura, llegamos sanos y salvos a la gran ciudad y nos instalamos en su casa.

Nunca voy a olvidar aquella época.

Era como si el sol brillara todo el tiempo sólo para nosotros. Los días y las noches se nos iban en puras risas y juegos; desnudos bailábamos y corríamos por las habitaciones, persiguiéndonos, para derribarnos uno al otro y revolcarnos en cualquier rincón, amándonos como locos, salpicándonos de espumas saladas y frescas, haciéndonos cosquillas, dando maromas y saltos mortales, para terminar después tendidos, exhaustos, uno al lado de otro, y quedarnos dormidos dulcemente hasta el siguiente episodio.

Mientras la pasión nos poseyó, todo fue perfecto. Eramos felices. Los dos nos comportábamos naturales y salvajes; no sabíamos fingir, éramos como niños. Octavio se dejaba caer dentro de mí, se sumergía confiado en mis


Rotmi Enciso

entrañas, y yo lo mecía dulcemente en mi seno y le cantaba canciones antiguas, y a veces jugaba a quitarle la respiración o le daba empujones sorpresivos o lo levantaba a alturas inauditas y gozaba entonces con su cara de susto, y luego lo dejaba caer de súbito para recibirlo en mis brazos en el último momento y depositarlo con suavidad, ileso, en la cama.

Sin embargo, él nunca me llegó a conocer del todo. Nunca supo que mi esencia era cambiante, que yo era un continuo ir y venir y subir y bajar. Nunca llegó a mi centro más profundo.

Cuando los días del verano se fueron, y yo me puse más lenta y más pesada y ya no fui tan azul y tan sonriente, empezó a verme con desconfianza. Para contrarrestar la época de lluvias, me sembró de caracoles, de caballitos de mar y de peces de colores; quería verme alegre y juguetona, pero había días grises y fríos en que mi ánimo no estaba para jugar. Por lo demás, siempre estuvo celoso de mis criaturas, pues me quería toda para él.

En el invierno yo me sentía oscura, cansada y sola. El estaba cada vez más taciturno y callado, y no me dirigía la palabra ni me quería tocar, y yo aullaba por las noches y escupía groserías a todas horas. El daba portazos y se iba; estaba cada vez menos tiempo conmigo. Creo que yo le daba miedo. Me evitaba, y yo me iba enfureciendo cada vez más. Fétida, llena de espuma verde y de reflejos siniestros, iba y venía lastimeramente por esa casa, y me azotaba contra las paredes, y rompía cuanto encontraba a mi paso: destrocé con mis propias manos los barquitos que él compró para entretenerme, y mil pequeños tesoros más se perdieron para siempre en desastrosos naufragios.

Ya no podíamos congeniar. Yo quería que él me amara también en mis días violentos y nublados. Que me acompañara en ese invierno de alaridos y de aguas amargas. Que cantara conmigo su propia tristeza, su propia furia, su propia vejez. Pero él sólo quería escribir poemas sonrientes al amor y a la juventud; no quería ver que él también estaba gris, y frío, y pestilente.

Por fin decidió irse, buscando otros soles que le dieran calor. Y yo entonces me hice piedra y me volví dura y helada y me quedé silenciosa, convertida en un témpano, y así me encontró muchas semanas después, cuando una noche, por fin, regresó. Me miró lleno de odio, y sin intentar comprenderme, sin hablarme, me partió en pedazos y me distribuyó entre varios amigos suyos.

El me considera muerta. Pero yo estoy habituada a renacer. Hoy es de nuevo primavera, y seguramente ha de llegar a estas playas otro poeta, aunque no tenga los ojos azules.

Esta vez no me iré con él. Sé que será suficiente que juguemos un poco aquí, entre mis espumas y mis caracolas y mis medusas de colores, bajo el sol.

Rotmi Enciso